CARNE DE TIERRA

José L. Mañas López

Segundo Premio
Certamen de Narraciones Breves convocado por la Consejería de Sanidad y Consumo
Autor: José Luis Mañas López. Médico

Ladislao Pesoa? Antes que la enfermera acabase de pronunciar el apellido, un viejo enjuto se irguió en la sala de espera. Su silueta ondulada restalló en el aire hospitalario sobre las cabezas de seis o siete personas que también esperaban ser llamadas. Aunque la luz de los fluorescentes otorga a estos sitios la quietud mística del nácar, ese relámpago concretado en hombre distrajo hacia él a las seis o siete miradas que un segundo antes vagabundeaban meditabundas por el brillo del tedio. A pesar de la franca cojera que escoraba su caminar hacia la izquierda, en dos o tres pasos de longitud inusitada, aquel viejo trazó las parábolas más perfectas que la enfermera hubiera visto hasta entonces y se plantó ante ella. Se retiró la boina con respeto piadoso, deslumbró la virginidad de su cabeza calva y masculló, con la veladura propia de la timidez del aislamiento -más bien ascética- y la voz amputada por el afán de fumar, un *ladislaopesoa* casi inaudible.

-Ladislao Pesoa, señorita.

Ya dentro de la consulta el médico y él se miraron.

-Ladislao Pesoa, bien, oliventino, ¿oliventino portugués o español?

-De la raya húmeda más que nada, doctor.

La raya húmeda la traza con precisión atávica el Guadiana. Por la noche, bajo el amparo de una semiluna que no delate a los corredores, el Guadiana discurre como el quejido esperanzado de un fado entre los filos metálicos de las guitarras portuguesas. Su agua -agua tan difícil de vadear a pie como el pudor impúber de una dama- serpentea igual que la marea de cabellos negros destellean, entre idas y venidas de los peines, tras los ventanucos de las posadas donde las hembras rayanas aguardan el paso imprevisible y bienvenido de las cuadrillas. El guía elige los descaminos. La cuadrilla del contrabando traza sendas, como discurren las biografías, a través de los barbechos y las brozas. Tras el cortados llegan los otros. Trapichean, y si la noche es más o menos segura, comen algo y hablan en código melancólico de lo mala que está la vida. Bajo los candiles las pupilas de las mujeres brillan raudas como los paroxismos de navajas que otras veces erizan los silencios estremecidos por el vino y las pendencias.

-¿Profesión?

-Contrabandista rayano, no, no, mochilero, ponga mochilero.

El médico levantó la cabeza como un confesor que hubiera oído la mayor ofensa cometida contra Dios. No obstante, ante el rostro hierático del estraperlista guardó silencio. Antes de volver la mirada hacia las notas que tomaba, el médico se detuvo en la cicatriz que cruzaba el cuello del anciano.

-¿Le han operado de la garganta?

-No exactamente. Una noche de trabajo me despeñé por un canchal. Unas alambradas pararon la caída pero me hirieron en el cuello. Al día siguiente un hombre que visitaba el Guadiana rayano me encontró casi sin conciencia, de casualidad, y me curó allí mismo, porque era médico ¿sabe?: Dios, aunque me haya hecho sufrir mucho, también me ha cuidado lo suyo -nunca he dejado de rezarle-, por eso puso a aquella buena persona allí.

-¿Quién era el médico?

-Aquel médico ya se ha muerto, no hace mucho. Era el doctor Correia de Rocha, don Adolfo Correia de Rocha, viajero y sabio con consulta en Coimbra. Después se quedó unos días en Olivenza para conocer el pueblo y toda la raya húmeda. Yo fui su guía.

"... la pena que te desgarra el cuerpo sin heridas de sangre y que te vuelve loco o santo"

"... el Guadiana discurre como el quejido esperanzado de un fado..."

"También los espacios físicos se marchitan cuando están lejos de su patria..."

La voz quebrada de Ladislao Pesoa, el *Pasopelao*, iba tomando confianza. Sólo parecía necesitar una invitación para abandonar su gesto lacónico. Sus palabras, desbastadas por el peculiar acento fronterizo y el humo y el vino, acariciaban los contornos de la consulta. Parece ser que el humo y el vino ahogan y disipan las penas hasta quedarlas a ras del suelo. Cuando no son contenidas ahí, y mejor aún bajo piedra y tierra, se yerguen como monstruos hasta la altura de los sueños de la razón. De todas formas, un trabajo como el de Pesoa provoca una conducta tendente a lo ladino, y distante y fría, y no es extraña en hombres así una actitud envarada indefectiblemente en la férula de discreción y confidencialidad necesarias para salvar el pellejo a lo largo de los años. El oficio de Pesoa tenía sus riesgos, quién lo duda, y también mucha soledad atravesando campos y campos, sin más compañía que la mochila con treinta kilos de café, el cigarro y el vino.

-¿Le duele?

-Eso no es dolor.

-¿Qué es dolor entonces?

-La pena, doctor, la pena que te desgarra el cuerpo sin heridas de sangre y que te vuelve loco o santo.

-Parece que sabe de qué habla.

-Sí, bien lo sé, sí.

Pasopelao no habló más, sólo pensó para él, repasó mentalmente el grito de vida contenido tras el solipsismo pétreo de su piel. A los once años se le murió el padre. A los catorce, la madre. A los diecisiete, el único hermano que le quedaba -un grumetillo ajeno a las contingencias desgarrantes que transitan los días-, fue muerto por un mastín bastardo y enloquecido por quién sabe qué. A los veintidós se rompió la pierna, el brazo y al menos dos costillas del mismo lado al caerse de un carro de bueyes. A los veintisiete, una pulmonía doble. A los veintiocho, se le murió un hijo. A los treinta, la hija. A los treinta y dos unas fiebres de malta le agarraron al cerebro. A los treinta y cinco se le murió la mujer. A los cuarenta y uno le abrieron el vientre de un navajazo. A los cuarenta y siete se lo volvieron a a abrir en el hospital por una obstrucción intestinal que le hizo vomitar heces. Desde los cincuenta y cinco los contrabandistas motorizados malamente le permitieron ganarse la vida: todo se enturbió con ellos. Ciertas quintas portuguesas se tornaron infranqueable. En ellas se amontonaba una muchedumbre diversa de oportunistas sin escrúpulos: chivatos, espías, proscritos, huidos, prostitutas, contrabandistas. Pero sobre todo ello, cada día, sempiterno, el cilio mortificante de treinta kilómetros con treinta kilos de café a la espalda de Pesoa, entre las fauces de esta tierra que no perdona ni a sus hijos más esforzados. Todos eso hasta hoy que vierte sangre por detrás.

-¿Le duela ahora?

-Tampoco, tampoco, usted tranquilo.

El *Pasopelao* debía pensar que eso no era nada para lo que tuvo que pasar el *manso*. El *manso* fue un soplón que fue penitenciado con brutalidad extrema. Los hombres de dos cuadrillas lo agarraron un día y lo ataron desnudo a un cubo con el culo dentro. Antes, dentro del cubo habían metido una rata iracunda. Después se fueron a emborrachar a la Cantina de Zé y dejaron al *manso* tirado en el campo, gritando como un condenado a la tarima del suplicio, porque la rata se abría camino por las entrañas del pobre mártir hasta conseguir la libertad apareciendo por la piel del abdomen.

-Bueno, pues ya hemos acabado, pero aún no me ha dicho si Olivenza portuguesa o española.

-Ni una cosa ni otra: esas porfías de navajas tiznadas de sangre siempre quedarán por debajo de la esencia de la tierra y esta última es aquello que hay que intentar comprender y no imponer.

Ladislao, después de sentenciar como sólo los viejos vividos saben hacer, calló y perdió la mirada por la consulta. Comenzó a recordar aquellas palabras que el doctor Correia pronunciaba de forma tan solemne que aun sin entenderlas del todo al *Pasopelao* se le estremecían los bordones del sentimiento: "*Me lo puede usted escribir don Antonio, que aunque yo no sepa leer eso no es obstáculo porque el guardia Lancharro, que es bastante de fiar, sí sabe*".

Lancharro recitaba aquellas letras tan diminutas con la misma precisión que el bisel de la pluma permitió escribirlas. Carraspeaba escasas veces para aclararse la voz y como un clérigo valleinclanesco que hubiera sustituido el cíngulo por la pístola al cinto, declamaba con emoción prosélita la verdad poseída. A todos los presentes, previamente preparados por el ritual del vino y el fado y en torno a la laxa luz de los candiles, como si fueran a ser bautizados y rebautizados en una plegaria iniciática que todos conocían de sobra porque muchas veces antes habían repetido, les acontecía algo extraño imposible de explicar y siempre sentido como novedoso: la experiencia estética trascendental contenida en un simple párrafo de metafísica de geografía política. Tras la lectura se sentían misteriosamente hermanados, y el *Pesopelao*, con el eco de las frases pronunciadas en la memoria, paladeaba cada idea varias veces más según revelaba el movimiento ensimismado de sus labios, porque aquel papel escrito cuyo atesoramiento a lo largo del tiempo, el algún recodo de la cartera de bolsillo, los mismos años habían parcelado en rectángulos, se lo sabía de corrido. Cuando todo acababa Lancharro le entregaba a Ladislao la hojita de papel, este la plegaba con cuidado sometiéndola a huellas de las dobleces previas y la guardaba en su sitio con el esmero de un niño que custodia el arcano de su existencia.

Aquel manuscrito decía lo siguiente: "También los espacios físicos se marchitan cuando están lejos de su patria. también un burgo puede tener saudades y consumirse en la melancolía. Los lugares tienen un espíritu de exilio, exactamente igual al de las personas. Sobre la idea de nación, aunque esté justificada históricamente, se yergue una noción más amplia de comunidad de sentimientos y de intereses que habrá de sustituir, inevitablemente, a esta actual fraternidad cercada y dividida en compartimentos estancos. Pero mientras no se esfumen al calor de un abrazo universal las lindes culturales y sentimentales que nos rodean, todo enclave es un corazón geográfico desterrado, que late con amargura lejos del cuerpo que lo procreó. La lengua autóctona que emite destellos en él, pasado que allí se desmorona y la memoria que subterráneamente lucha y subsiste, son valores que, precisamente por el hecho de ser agónicos, se hacen más dramáticamente auténticos, por detrás de toda fisionomía animada o inanimada de lo presente, acecha el fantasma insumiso de lo ausente. Tú , mi querido Pasopelao eres el ariete que, ante los ojos cortos de mira, desbrozas la vanguardia. Tú, rayano de trote largo, simbolizas ese iberismo contumaz que emparenta a los hombres de esta península, tú representas la fraternidad implícita que las verticalidades exageradas de las fronteras *fícticas* hienden la mano airada y hace que por estos pagos aún las nucas se encojan ante el barrunta del aliento de Caín".

Estaba fechado y rubricado en Olivenza, a cinco de junio de 1954. Al final, casi al borde inferior de la hojita de cuaderno, en un garabato minucioso, parecía leerse Miguel Torga.